



Se ha repetido hasta la saciedad que la Compañía de Jesús es esencialmente aristocrática y

burguesa. Que a los pobres los mira con indiferencia, y si alguna vez los socorre lo hace con ese gesto de suficiencia y potección propio de adinerado burgués que alarga una limosna al pobrecito que le intercepte el paso en la calle.

Nada más falso; es una de tantas calumnias mil veces refutada y mil veces recogida de nuevo del arroyo callejero para lanzarla contra la Compañía de Jesús.

La Compañía de Jesús nació pobre y entre pobres, en una cueva — allá en Manresa — como Jesús en la cueva de Belén; y después de crecer y sentirse adulta no ha olvidado su humilde origen. El amor a los pobres lo lleva en la sangre como se lleva en la sangre el amor a los hermanos y a los padres que nos dieron ser y vida. Y no podía ser de otra suerte siendo hija de Ignacio, el peregrino de Tierra Santa, el mendigo de Barcelona y Manresa que, desde su conversión hasta la muerte, aun siendo General de su Orden, tenía sus complacencias en explicar en mal italiano el catecismo a los niños y a los pobres y en levantar y regenerar a las magdalenas de la Urbe romana.

Las dos grandes lumbreras del Concilio Tridentino Laynez y Salmerón, después de sus diarias discusiones se retiraban por orden de Ignacio a los suburbios de la ciudad a consolar a los pobres y a enseñar en términos infantiles a los pequeñuelos.

No puede la Compañía ver con indiferencia a los humildes y a los que sufren contando entre sus filas a hijos tan heroicamente caritativos como Javier, su primogénito, que, Nuncio de Su Santidad en La India, recorría medio descalzo las calles de la ciudad tañendo una campanilla para reunir junto a sí a los niños con quienes jugaba y cantaba hasta enseñarles toda la doctrina; o que corría en pleno invierno con los pies sangrando, agarrado a la cola de un caballo, con su atilío al hombro, para buscar las aïmas de los pobres.

Luis de Gonzaga, heredero del Marquesado de Castellón, recorre los hospitales de la Ciudad Santa

diezmada por la peste, carga sobre sus hombros a los apestados, contrae él mismo la terrible enfermedad y muere víctima de su amor heroico. Otros muchos jóvenes jesuitas andaban junto con Gonzaga en medio de los apestados, pero sólo él, quizá por estar más maduro para el cielo, cayó sin vida bajo el filo del contagio.

Ejemplo maravilloso de caridad es del sacerdote sacerdote jesuita San Pedro Claver, Apóstol de los esclavos, que durante cuarenta años socorrió en Cartagena la pobreza de los negros, curó y besó sus llagas y cubrió con su manteo que luego en lugar de mal olor, exhalaba suave perfume.

Los ejemplos podrán multiplicarse indefinidamente.

La Compañía resucitada

La Compañía muerta y sepultada, aunque nunca corrompida ni putrefacta, resucita por milagro en 1814.

En sus años de sepulcro no se olvidó de su antiguo espíritu de caridad y beneficencia. Alijera en cuanto puede la tribulación colectiva de la sociedad que encontró transformada por la Revolución.

Cádiz, víctima de la fiebre amarilla en 1819, contempló edificada a todos los jesuitas, que en ella moraban, recorrer solícitos los hospitales y arrabales, socorriendo a los enfermos. Todos ellos quedaron contagiados. La ciudad entera condujo llorando al cementerio a dos sacerdotes y a un joven maestro. El

mismo drama con el mismo desenlace presencié Tortosa dos años más tarde.

Y cuando el 1831, al declararse el cólera en los Estados Unidos, los pastores protestantes abandonaron aterrados sus rebaños, casi agonizantes, los jesuitas permanecieron firmes en sus puestos, curando los cuerpos y fortaleciendo los espíritus. Y cuando un año después, en Portugal, se une a la desolación de la guerra civil el látigo de la peste, vemos también a todos los jesuitas ofreciendo sus personas al trabajo, y casi todos enfermos por el contagio.

Cuatro años no mas de tregua concedió la peste a la desolana Europa, para cebarse luego con nuevo furor en Nápoles, Sicilia, Palermo y Roma. Los jesuitas se presentaron en masa al nuevo campo de abnegación y sacrificios, y en masa quedaron todos tan gravemente contagiados que se tuvo por milagro que sólo muriesen algunos, debiendo haber muerto todos.

El mundo pagó bien la abnegación de los jesuitas. El 1848 fué año de destierros para los que un año

La Compañía de Jesús y la Beneficencia

*

antes habían expuesto sus vidas a la cabecera de los moribundos apestados.

Afortunadamente en 1855 pudieron los jesuitas vengarse de sus perseguidores con la venganza de los santos. Reaparece la peste en Italia, huyen del contagio los autores de la revolución, y las víctimas salen otra vez al campo de batalla a exponer sus vidas por amigos y enemigos en Verona, Brescia, Regio Emilia, Módena etc. Por el mismo tiempo las ciudades de Francia: Dole, Aix, Marsella, Lyon reciben igual asistencia de los jesuitas, y más tarde Buenos Aires, Palermo Tarazona. . . ; algunos nombres de jesuitas heroicos flotan aún en el afecto de los pueblos agradecidos: Juan Colonna, Ramón Riera, Gregorio Briosca, Armengol. . . .

En los campos de batalla nunca han faltado jesuitas héroes hijos del héroe de Pamplona, que con el crucifijo en alto han contagiado de heroísmo a los soldados y los han arrastrados a la victoria, permaneciendo en sus puestos de vanguardia para recoger a los heridos y socorrer a los moribundos. En la campaña de Oriente, sobre todo en la epidemia que sobrevino al ejército en 1854, tres jesuitas se cubrieron de gloria; en 1870-71 los jesuitas franceses y alemanes corrieron en masa a los frentes de batalla. En Francia los colegios se convirtieron en hospitales y los Padres, Maestros y Hermanos en enfermeros de amigos y enemigos. En Alemania el total de los capellanes y enfermeros jesuitas ascendió a ciento noventa y seis. Toda una falange animosa de jesuitas abandonó la célebre casa de estudios de María Laach. Sesenta enfermaron a fuerza de trabajos. Al terminarse la guerra fueron condecorados y algunos con la condecoración mayor de la Cruz de Hierro, recibida de manos del mismo Emperador. Cuatro meses más tarde todavía no habían curado sus heridas, recibidas por la patria, cuando fueron distinguidos todos con la mejor condecoración: el destierro por Jesucristo.

Durante la guerra civil de Estados Unidos pasaron de ciento treinta los jesuitas sacrificados en aras de su anegada caridad.

En la guerra mundial del año 14, los jesuitas movilizados en Alemania, Francia, Bélgica, Irlanda no bajaron de dos mil. De ellos ochocientos sesenta recibieron condecoraciones honoríficas. El nombre del Padre Doyle, el apóstol de la increíble abnegación y la simpatía, es universalmente conocido y amado.

Ayer no más en la Cruzada española contra el comunismo y la masonería, varios jesuitas murieron como los mejores héroes de los siglos de oro. Y muchos han sido honrados con las condecoraciones de mayor mérito.

En la guerra chino-japonesa, de entre las ruinas de Shanghai brota un jesuita, Jaquinot; en él fijan sus ojos la China pagana y el laicismo oficial francés. La zona neutra que lleva su nombre, ha dado cabida a 200.000 refugiados y en un solo día de noviembre de 1937 se reparten 275.000 panes, 24.000 vestidos completos, 16.000 cobijas.

Los jesuitas como hemos visto no rehuyen al sacrificio personal, pero tienden de suyo más a lo que podríamos llamar beneficencia institucional; o sea las fundaciones benéficas, como más propias del espíritu ignaciano, que considera más divino el bien, cuando más permanente y universal.

Hay un libro, titulado *Los Desconocidos*, escrito por el insigne literato P. Belanger, que quiere ser una revelación de los que los jesuitas hacen respecto de este punto. Este libro ocasionó otro: *Los jesuitas y los pobres*. El P. Belanger no quería ni podía referirse a otros jesuitas más que a los franceses; se tradujo al español adaptándolo a la acción benéfica de los jesuitas de España; con esto, aunque se amplió el tema, no quedó agotado, por referirse sólo a Francia y España; cualquiera otra adaptación se podría terminar del mismo modo: "Esto se hace entre nosotros; ¿qué será en lo restante del mundo?"

Algunos ejemplos elocuentes. La Asociación de señoras de Madrid, dirigida por los PP. de la Compañía de Jesús, tenía abiertas en 1930, 54.000 escuelas, en la que recibían formación intelectual y religiosa gratuita 10.600 niños y niñas. Desde su fundación han pasado por ellas un total de 411.750 niños y los gastos de enseñanza ascendieron en ese mismo año a 447.052 pesetas.

Pasamos por alto la Obra de la Preservación de la Fe en España, que lleva educados trece mil niños, y otras obras similares, fundadas por personas, dirigidas en sus fundaciones por PP. de la Compañía de Jesús.

Se sabe que las Congregaciones Marianas, dirigidas por los jesuitas, y que llevan en sí el mismo espíritu de la Compañía, tienen siempre como obra propia suya, una sección de beneficencia

Son numerosas también las obras fundadas por los jesuitas para bien de los obreros. Apenas hay ciudad en que no haya un jesuita dedicado a esta obra social. Ordinariamente a la sombra del colegio pensionado hay fundada una escuela nocturna para obre-



ros. en la que los profesores, cansados ya de la tarea escolar del día, prolongan abnegadamente, en favor de los pobres, por una o dos horas su actividad ordinaria.

El Instituto Católico de Artes e Industrias de Madrid (I. C. A. I.), dirigido por el eminente jesuita P. Pérez del Pulgar, se puede considerar como la realización práctica de la escuela ideal, en donde los obreros de cierta capacidad intelectual, puedan aprender y ponerse en condiciones ventajosas para su labor en las grandes fábricas: Hasta 1930 habían pasado por los talleres del I. C. A. I., 5.400 obreros. Dice bastante del trato y formación que allí se daba a los obreros el hecho de que a petición de ellos mismos se concediese al P. Pérez del Pulgar la Medalla de Oro del Trabajo; y el hecho más elocuente aun de ser los técnicos formados en este instituto, los más requeridos por los grandes centros fabriles de España.

Del mismo tipo del I. C. A. I., v también gratuitos como él, hay otros centros en Lille y Gijón.

En nuestra patria

También en nuestra patria los jesuitas miran con predilección a los pobres, a los niños y a los enfermos. Por eso cuando las gentes sencillas de la ciudad de Maracaibo necesitan de noche un Padre para asistir a un moribundo, mandan el emisario a los Padres de San Felipe, como allí se llama a los jesuitas, seguros de que serán atendidos con cariño. En la misma ciudad los Padres de la Compañía dirigen setenta catecismos en los barrios pobres y en Coro 22.

Cuatro Padres y dos Hermanos se han internado en la Península de Paraguaná para socorrer espiritual v aun materialmente a tanta gente abandonada, tan digna de ser atendida por ser pobre, humilde y buena.

Muchas personas recuerdan en Caracas con cariño a los primeros jesuitas de la moderna Compañía, venidos a nuestra tierra; sobre todo aquellas fiestas y certámenes catequísticos, dirigidos y fomentados por ellos.

Hemos visto a personas pobres de Galinán, de los alrededores del Seminario y del Hospital Vargas recordar entre lágrimas los nombres de los PP. Miguel Arteaga y Ladrón de Guevara.

El lector nos perdonará una evocación personal:

para siempre quedó grabada en nuestra alma de joven la figura amable de aquel anciano menudito a quien se le veía ir casi todas las tardes, arrastrando los pies al Hospital Vargas; sentarse en la cama de los enfermos para hablarles y robarles el alma. . . ; limpiar y arropar a los hospitalizados y aun alguna vez echarse en el suelo para oír la confesión de un enfermo que se moría en su camilla, mientras los enfermeros le preparaban la cama en el salón del hospital: era el P. Ladrón de Guevara, el "ladrón de las almas".

Y por mencionar uno entre los ejemplos actuales. . . ¿quién no conoce en Caracas al Padre Odriozola, el Padre de los matrimonios gratuitos en la Santificadora del Hogar, que después de sus clases matutinas de ciencias en el Seminario Interdiocesano se ha pasado todas las tardes de sus 22 años de vida apostólica en Caracas en los barrios de Pagüita, Monte Piedad, Cañada de la Iglesia, Los Flores y Manicomio entre chiquillos y pobres, que le adoran y veneran como a padre?

En la Casa social del Seminario Interdiocesano se reparten mensualmente a los pobres unos tres mil cuatrocientos almuerzos, en locales a propósito, provistos de limpia vajilla y mesas de granito. Durante algunos meses del año se tiene escuela nocturna para unos 80 a cien obreros de los próximos barrios, desde Puerta de Caracas hasta Cotiza.

Beneficencia entre los leprosos

La lepra! Tampoco ante esta terrible enfermedad se ha retraído la caridad de los jesuitas. Quince leproserías (15) dirige la Compañía de Jesús en diversas partes del mundo. Alguna tan numerosa como la de Culión (Filipinas), que contiene ocho mil leprosos. Los PP. Isidoro Dupuy y Juan Beyzym, después de haber vivido entre leprosos 17 y 14 años, respectivamente; murieron destrozados por la lepra, víctimas de su caridad.

La Compañía de Jesús, no se dedica como los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, exclusivamente a las obras de misericordia corporales; pero también ella oyó obediente y conmovida de labios del Maestro aquel mandato con que corona su hermosa parábola del buen samaritano: "Ve, y haz tú otro tanto".

LEOCADIO JIMENEZ S. J.

